



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

Iniciamos la serie de narraciones, en que los intelectuales contemporáneos nos van a contar su conversión a Cristo, con estas delicadas páginas del poeta francés, Paul Claudel, uno de los artistas de la pluma, mejor conocidos en todo el mundo.

Las recogemos de la famosa colección alemana editada por Pustet en 1936 bajo el título: "Menschen, die zur Kirche kamen" (Hombres que tornaron a la Iglesia).

Sentimos no poseer la redacción francesa de la conversión de Paul Claudel, pues a través del alemán y el español tiene que perder inevitablemente algo de su nativa finura y delicadeza.

M. A. E.

Paul Claudel

Nací el 6 de Agosto de 1868. Mi conversión se inició el 25 de Diciembre de 1886. Es decir, cuando contaba 18 años. Pero en esa edad estaba muy avanzado el desarrollo de mi carácter.

Aunque por ambas líneas provenía de antepasados creyentes que dieron a la Iglesia muchos sacerdotes, mi familia inmediata era indiferente en cuestión religiosa. Sobre todo, desde que se estableció en París, se alejó totalmente de la fe.

Todavía mi Primera Comunión fué buena. Pero resultó, como en tantos otros jóvenes, corona y clausura a un mismo tiempo de mis prácticas religiosas.

Fué educado, mejor dicho, fuí instruido, primero por un Profesor privado; después en las escuelas laicas de la provincia; finalmente en el Liceo Luis el Grande. Con mi entrada en este instituto renuncié también a mi fe,

que me parecía insociable con la multiplicidad de los Mundos (!!!). La lectura de la *Vida de Cristo*, por Renán, me proporcionó nuevos argumentos para este cambio de convicción, que por otra parte todo, en mi derredor, facilitaba y alentaba.

Recuérdense aquellos tristes años del ochenta, la época del apogeo de la Literatura naturalista. Nunca, tal vez, fué más duro el yugo de la Materia. Quien aspiraba a un nombre en el Arte, en la Ciencia y en la Literatura, había de ser irreligioso. Todos los apellidados "Grandes" del final de siglo sobresalían por una enemistad particular contra la Iglesia. Superaba Renán. El presidió nuestra última distribución de premios en el Liceo Luis el Grande; y aún recuerdo el instante en que recibí de sus manos mi Premio. Era el momento en que Víctor Hugo se extinguía entre los arboles de un ocaso de gloria.

A los 18 años yo creía, lo que la mayoría de los hombres instruidos de la época. Se oscurecía en mí el profundo concepto de lo individual y lo concreto. Acogí en cambio, en toda su amplitud, la hipótesis monística y mecanista. Creía que todo estaba sujeto a "leyes" y que este mundo era una cadena de fuerzas y misterios, cuyo perfecto conocimiento estaba a punto de lograrlo la Ciencia. Por lo demás todo ello me caía triste y pesado. Nunca pude, por ejemplo, soportar la idea kantiana del Deber, que nos expuso el Señor Burdeau, mi profesor de Filosofía.

Vivía al margen de toda moral, y caí poco a poco en un estado de desesperación. La muerte de mi abuelo, cuyo extinguirse por meses con un cáncer intestinal viví intensamente, me inspiró un terror pavoroso, y el pensamiento de la muerte no me abandonó ya más. La religión, la había olvidado del todo, y respecto de ella mi ignorancia era la de un salvaje.

Las primeras luces de la verdad se las debo al contacto con los libros de un gran poeta, a quien conservo un eterno agradecimiento, y que ha tenido parte excepcional en la formación de mi pensamiento: Arturo Rimbaud. La lectura de "Illuminations" y un mes más tarde de "Une saison en Enfer" fué el acontecimiento de mi vida. Estos libros abrieron por vez primera una hendidura en mi cárcel materialista y me dieron una viva, casi física, impresión de lo sobrenatural. Pero perduraba aún mi estado de ahogo y desesperación.

Tal era la infeliz criatura que el 25 de Diciembre de 1886 entraba en la Catedral de Nuestra Señora de París para seguir allí el oficio de Noche Buena. Por entonces

ACCION CATOLICA

comenzaba yo a escribir; y con superficial dilexantismo juzgaba que las ceremonias católicas podrían proporcionarme material de trabajos decadentes. En esta persuasión, perdido y atropellado en medio de la muchedumbre, participé con la mayor alegría en la Misa Solemne. Como no encontré cosa mejor en qué distraerme, volví nuevamente a las Visperas. Los niños de coro de la Catedral con blancos roquetes y los alumnos del Seminario Menor de San Nicolás de Chardonet, que también participaban, iniciaron precisamente a cantar algo, que después he reconocido como el Magnificat. Yo estaba entre la multitud en la segunda hilera junto a la entrada del coro, a la derecha, en la parte de la sacristía.

Y allí se realizó el suceso, que ha transformado toda mi vida. En un instante fué tocado mi corazón, y yo creía. Creía con tal fuerza de adhesión, con tal arrobamiento de todo mi ser, con tan poderosa persuasión, con tal seguridad, que no quedaba resquicio para ningún género de duda, de modo que desde aquel instante todos los libros, argumentos y acontecimientos de una vida accidentada no han podido conmovir mi fe; más, en realidad no han llegado siquiera a impresionarme.

En un instante y al propio tiempo viví el sentimiento desgarrador del perdón, la perpetua infancia del espíritu respecto de Dios; un nuevo mundo indescriptible. Cuando intento —y lo he pretendido muchas veces,— reproducir el curso de los minutos, que siguieron a aquel instante excepcional, logro recapitular los siguientes elementos, que entonces me parecieron sólo un rayo fugaz, único y sutil filo de espada, de que la divina providencia se sirvió para señorear y atraer a sí el alma de una pobre criatura atormentada.

“Qué felices son las gentes que creen. Y ¿si ello fuera verdad? —Es que es verdad. Dios existe. El está allí. Es alguien. Un Sér tan personal como yo! El me quiere, me llama.”

Las lágrimas y los suspiros se apoderaron de mí, y el delicado canto del “Adeste” vino a aumentar todavía

Una emoción sutil, en que aún se mezclaban un semi emoción.

timiento de temor y aun algo de repugnancia. Porque mi pensamiento filosófico no se había transformado ni poco ni mucho. Parece que Dios lo hubiera dejado despectivamente, como era, y yo no veía aún lo que en él había de transformar. Todavía se me presentaba la religión católica como un cúmulo de inconsistentes anécdotas. Los sacerdotes y los creyentes me producían aún tal repugnancia, que llegaba hasta el odio y el asco. Quedó en pie el edificio de mis convicciones y conocimientos, y no descubriría en él ninguna falla; sólo, que yo me había arrancado de él. Se descubría juntamente a mis ojos una vida nueva y temible con definitivas consecuencias para un joven-

zuelo y un artista, como yo era; y tan extraña que no encontraba cómo conciliarla con nada de cuanto me rodeaba. La posición de un hombre, a quien repentinamente se le arrancara su piel, para incorporársela en tierra extraña a un cuerpo desconocido, es la única imagen que logro hallar, para expresar el perfecto desconcierto de mi situación en aquel instante. Lo que se oponía más radicalmente a mis proyectos y a mis gustos, era precisamente la Verdad, y a las buenas o a las malas me veía forzado a arrancarme de todo. ¡Ah, por lo menos no lo haría, sin ensayar toda posible resistencia!

Y ese combate duró cuatro años. Puedo afirmar que fué una lucha sincera, noble y radical. Nada rehuía. Yo utilizaba todos los medios, pero sólo los legítimos de contradicción. Pero una tras otra tuve que ir abandonando las armas, que no me servían. Fué la gran crisis de mi existencia, la agonía del pensamiento, del que ha escrito Arturo Rimbaud: “La lucha del espíritu es tan brutal como el combate entre los hombres”. Los jovencitos que tan ligeramente abandonan su fé, no saben qué tormentos cuesta el recuperarla. El pensamiento del infierno, también el pensamiento de la belleza, todas las alegrías, que yo creía debía sacrificar en mi retorno a la verdad, eran principalmente las que me detenían.

Repentinamente cayó en mis manos una Biblia protestante, que una señorita alemana había regalado a mi hermana Camila. Era en la tarde del día memorable de Notre Dame, cuando yo regresaba a mi casa por las calles lluviosas, que ahora se me hacían del todo extrañas. Por vez primera escuché ahora la voz a un tiempo dulcísima y contundente de los libros sagrados, que nunca en adelante había de percibir sin hallar un eco en mi corazón. Sólo a través de Renán conocía la historia de Cristo. Y por la fé ciega y la confianza en ese impostor yo no sabía que El se hubiera declarado hijo de Dios. Cada palabra, cada línea convencia de mentira con majestuosa sencillez las desvergonzadas afirmaciones del renegado y me abría los ojos. Es verdad; yo reconozco con el primer Pontífice romano: Sí, Jesús es el Hijo de Dios. Pablo, sobre todo, se me dirigía, y me hablaba de su amor. Pero no me dejaba otra elección: seguirle o ser reprobado. ¡Ah, yo no necesitaba la enseñanza de lo que era el infierno! Esos pocos minutos hubieran bastado para persuadirme de que el infierno está en todas partes, donde no está Cristo. ¿Qué me importaba todo el resto del mundo, frente a ese nuevo y maravilloso Sér, que acababa de revelármese?

Así hablaba el hombre nuevo en mí. Pero el viejo resistía con enorme esfuerzo y no quería someterse a la nueva vida que se le ofrecía. ¿Debía cambiarla? El sentimiento que me impedía con más fuerza el hacer pública mi persuasión era el respeto humano. Pensar que tenía

ACCIÓN CATOLICA

que dar a conocer a todos mi conversión, manifestar a mis padres que yo no comía carne los viernes, ser señalado como uno de los tan despreciables católicos, provocaba en mí un efecto escalofriante, superior a los hielos de Suiza. Repentinamente se revelaba en mi interior un anhelo de realizarlo. Pero parece que una mano pesada me oprimiera. No conocía un sacerdote. No tenía un solo compañero católico.

El estudio de la religión se convirtió en mi fundamental preocupación. ¡Cosa maravillosa! El despertar del alma y de la facultad poética se realizó en mí al mismo tiempo, lo que ayudó a superar mis prejuicios y mi pavor infantil. En este tiempo escribí el esbozo de mis dramas "La cabeza de oro" y "La ciudad".

Todavía estaba lejos de acercarme a los sacramentos y aun así participaba en la vida de la Iglesia. Por fin respiré y la vida entró en mí por todos los poros. Los libros que en aquella época me ayudaron más fueron en primer lugar los "Pensamientos" de Pascal, un libro inapreciable para los que buscan la fé, aunque su influjo a las veces puede ser pernicioso. Después "Las elevaciones espirituales sobre los misterios" y las "Meditaciones sobre los Evangelios" de Bossuet, como también sus restantes tratados filosóficos; la Divina Comedia de Dante y las maravillosas Revelaciones de Catalina de Emmerich. La Metafísica de Aristóteles me había equilibrado la cabeza y me conducía a los dominios del recto raciocinio. La Imitación de Cristo la encontraba de una altura inaccesible, y sus dos primeros libros me parecieron de una dureza espantosa.

Pero el gran libro, que se me abrió y en el que yo estudiaba, era la Iglesia. Sea eternamente alabada esa grande y majestuosa Madre, a cuyas rodillas yo lo aprendí todo. Mis domingos los empleaba en Notre Dame, y aun entre semana iba allí cuantas veces me era posible. Por entonces era yo tan ignorante en la Religión, como pudiera serlo respecto del Budismo. Y he aquí que ahora se desarrollaba ante mí el Sagrado Drama con una grandiosidad, que superaba toda la fuerza de mi fantasía. Ah! aquello era verdaderamente muy superior a la pobre expresividad de los Libros de devoción! Era la más profunda y grandiosa poesía, eran las más gallardas actitudes que a un hombre se le puedan conceder. Yo no me saciaba de contemplar la representación de la Santa Misa y cada movimiento del sacerdote se grababa en mi espíritu y en mi corazón. La lectura de oficio del difuntos, de la Li-

turgia de Nochebuena, la representación de la Semana Santa y el cántico del Exultet, frente a lo que me parecían inspidos los tonos embriagadores de Píndaro y Sófocles, me estremecían de alegría, agradecimiento, arrepentimiento y adoración! Poco a poco, lenta y perezosamente penetraba en mi alma la persuasión de que también la poesía y el arte eran cosas divinas; y que las flaquezas de la carne no son, respecto de ellos, un impedimento, sino por el contrario una ventaja. ¡Qué veneración me causaban los felices cristianos que veía comulgar! Yo por mi parte no me atrevía ni aun a mezclarme entre aquellos que se acercaban cada viernes durante la cuaresma a besar reverentemente la corona de espinas.

Mientras tanto corrían los años y mi situación se hacía insoportable. En secreto rogaba a Dios con lágrimas, y todavía no me atrevía a abrir mi boca. Y cada día mis objeciones eran más débiles y la mirada de Dios más apremiante. ¡Ah, qué bien conozco yo esa mirada y cómo quedó grabada en mi alma su dardo! ¿Dónde hallaba yo la fuerza para resistirle? En el tercer año leí los escritos póstumos de Baudelaire. Y vi que el poeta, mi preferido entre todos los franceses, había encontrado la fé en los últimos años de la vida y que había vivido atormentado de los mismos temores y remordimientos de conciencia que yo. Hice un esfuerzo; y una tarde entré en el confesionario de San Medardo, mi parroquia. Los minutos que esperé al confesor fueron los más amargos de mi vida. Topé con un viejo que pareció interesarse muy poco por la historia, que a mí me preocupaba tan intensamente en aquel momento. Eso es un trozo de "Los Recuerdos de mi Primera Comunión", me dijo al terminar, para colmo de mi disgusto. Resueltamente me mandó dar a conocer a mi familia mi conversión; y en esto ni aún hoy me atrevo a decir que obró con injusticia. Pero yo salí del confesionario desanimado y contrariado, y sólo un año más tarde volví a él. Y allí fui definitivamente vencido, subyugado. Allí, en esa misma Iglesia de San Medardo, encontré un sacerdote joven, compasivo y fraternal, el Abate Menard, que me reconcilió con la Iglesia. Más tarde di allí mismo con el santo y venerable sacerdote, Abate Villaume. El fué el director de mi alma y mi amadísimo padre espiritual, cuya protección poderosa desde el Cielo la siento claramente aun hoy. La segunda sagrada Comunión la recibí, como mi primera gracia, en Nuestra Señora de Paris, la noche de Navidad del año 1890.